

ACTO DE CLAUSURA DEL AÑO ACADÉMICO DE 1957*

Facio Brenes, Rodrigo

ACTO DE CLAUSURA DEL AÑO ACADÉMICO DE 1957*

Revista de Ciencias Sociales (Cr), vol. II, núm. 156, 2017

Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15353750005>

ACTO DE CLAUSURA DEL AÑO ACADÉMICO DE 1957*

Rodrigo Facio Brenes
revista.cs@ucr.ac.cr

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15353750005>

PALABRAS CLAVE: DISCURSO, UNIVERSIDAD, IDENTIDAD, CRECIMIENTO ECONÓMICO, INTEGRACIÓN REGIONAL

KEYWORDS: SPEECHES, UNIVERSITY, IDENTITY, ECONOMIC GROWTH, REGIONAL INTEGRATION

ACTO DE CLAUSURA DEL AÑO ACADÉMICO DE 1957¹* (CELEBRADO EL 19 DE DICIEMBRE)

Cuando dentro de dos meses y unos días esté dándoles la bienvenida, en la Facultad de Ciencias y Letras, a los nuevos estudiantes universitarios, tendré que repetirles lo que, con unas palabras o con otras, me siento obligado a decirles a cuantos trasponen los umbrales de la institución para emprender sus estudios superiores: que, pese a todos los esfuerzos que se ha venido y continúa haciéndose para ampliar las oportunidades, es realmente sólo un grupo reducido el que puede en definitiva emprenderlos; que quienes forman parte de ese grupo resultan, por ello, verdaderos privilegiados; que tal situación debe generar en su ánimo un sentimiento de honda gratitud para con el país pequeño y pobre que, en medio de dificultades y limitaciones pero con vigorosa decisión, está ofreciendo tales oportunidades; y que esa gratitud, que ennoblece a quienes la sienten, debe traducirse en un compromiso libre pero firme de compensarle a Costa Rica sus esfuerzos en pro de la educación superior, mediante una actitud permanente de servicio.

Y a ustedes, jóvenes graduandos del año 1957, debo recordarles esas mismas ideas y urgirles el cumplimiento de ese compromiso que tienen contraído con su país. Y lo hago esta noche en que se disponen, pleno el espíritu por el cumplimiento de la primera, pero apenas de la primera parte, de sus deberes de estudiosos, a hacer su ingreso, ilusionado y alegre, en el vasto campo de sus responsabilidades humanas, cívicas y profesionales. Porque deben ustedes tener en mente que este campo no sólo es vasto sino, en nuestros días, al influjo de las varias corrientes ideológicas, del desarrollo técnico, y del relativo crecimiento del país en todos los órdenes de su vida, complejo y cambiante, lo que excluye, si realmente se pretende vivir y trabajar en función social, las fórmulas consagradas de comportamiento, los patrones estáticos de conducta, la inercia y la pasividad somnolientas. Ha de ser la de ustedes, sí es que ha de ser fecunda, una actitud de constante alerta y de plástica e inteligente adaptación a la cambiante problemática de los tiempos. En único en lo que ustedes tienen que ser rígidos, sin excepción alguna, es en su adhesión a los principios éticos, en su respeto a la libertad y a los demás valores supremos del espíritu.

Piénsese, no ya en el mundo social como un todo, sino sólo en el campo acotado de las profesiones, y se caerá rápidamente en la cuenta de cómo su contenido, sus problemas, sus relaciones, sus exigencias, están siendo sometidos, casi podríamos decir que todos los días, a innovaciones, cambios, rectificaciones y ajustes. Aun las más clásicas de ellas: el Derecho, en su concepción, su metodología, su ejercicio, aunque no en su función suprema de garantizar la paz social, está siendo profundamente afectado por novedosos sentidos en las relaciones de trabajo y en las relaciones internacionales; y la Medicina, las diferentes profesiones médicas, otro tanto, al tiempo que por el avance científico, por su creciente carácter social. ¿Y qué no decir de las profesiones conectadas íntimamente con el desarrollo de la técnica y la economía, con la investigación agrícola e industrial? ¿O de la profesión docente, sujeta tanto a presiones de índole cuantitativa como a nuevas exigencias cualitativas?

Claro es, por otra parte, que en este crecer y este cambiar de las profesiones y de la vida social en general, la educación y la investigación científica juegan un papel capital, a la vez que sobre ellas refluyen los efectos

del crecimiento y el cambio; se trata, en verdad, de una acción recíproca, continua, entre la enseñanza y la realidad, entre el hombre y el medio, entre la inteligencia y la acción. Y el egresado de la Universidad resulta ser el punto de relación, el nexo, el eje de trasmisión, en el juego de estas fuerzas complementarias e inter-dependientes. Al prepararlo, capacitarlo y orientarlo para la acción social, la Universidad se proyecta sobre el medio, pero éste, con sus transformaciones, a veces súbitas, sus urgencias, a veces imperiosas, y sus limitaciones, a veces insuperables, continúa la formación del profesional, la cual será más bien deformación si éste cede al oportunismo, se inclina por la línea de menor resistencia, se resigna a la adaptación pasiva. Y el profesional, así enriquecido por la experiencia, descargará parte de sus obligaciones para con la sociedad si, a su vez, él se vuelve hacia su Alma Mater y le trasmite, por cualquiera de los mil medios que existen, la conciencia de los cambios habidos, la sensación de las urgencias experimentadas, el sentido de las limitaciones encontradas. Así la Universidad, cobrando íntimo y permanente contacto con la realidad ambiente, en este caso a través de sus egresados, podrá ser cada vez más un organismo vivo, sensitivo, abierto a todos los mensajes de la hora y del pueblo. Y así la comunidad a que pertenece podrá contar con fórmulas, soluciones e indicaciones más sólidas y válidas, por cuanto se habrán forjado, en respuesta a problemas candentes y exigencias perentorias del medio y del momento, pero dentro de la serenidad espiritual y la objetividad académica que sólo la Universidad puede garantizar.

Para propio beneficio suyo, para el de la Universidad, y —en último término— para el del país, el universitario que se convierte en profesional y que se adentra en la actividad social, debe continuar sintiéndose universitario, parte de la institución, miembro de sus avanzadas y aliado de sus esfuerzos.

Y establecido así el punto de la relación dinámica Universidad-sociedad, y el papel decisivo que en ella corresponde al egresado, permítaseme hacer algunas reflexiones sobre un gran problema nacional y un gran programa nacional, en los que, a mi juicio, la institución debe participar más activa y conscientemente, tanto de manera directa como por medio de sus egresados.

El problema es el de cómo la pequeñez territorial y demográfica del país le impone límites precisos a su crecimiento cultural y económico. El programa, el de cómo romper esos límites mediante una integración racional con los otros países del Istmo centroamericano.

En un mundo dinámico como el de hoy, de economías inter-dependientes, de fulgurante desarrollo tecnológico, de grandes ideologías sociales y económicas en competencia, de perfilamiento de intereses regionales y de comunidades culturales, de afán de superación de las clases sociales económicamente débiles y de las naciones y las regiones insuficientemente desarrolladas, un país de 50 900 kilómetros cuadrados y un millón de habitantes, pese a sus espléndidas aptitudes para el progreso, aparece trágicamente limitado. Y otro tanto cabe decir del resto de Centroamérica, de todos estos países nuestros de los que un salvadoreño dijera, con acierto y con poesía, que no son siquiera países sino tan sólo paisajes.

Para destacar lo que somos individualmente y lo que podríamos ser de alguna manera integrados, usemos cifras demográficas (de las Naciones Unidas, 1954), y notemos que si por aparte figuramos en los últimos lugares de la América Latina en lo relativo a densidad de la población, juntos figuraríamos en el quinto lugar, después de Brasil, con 57 millones de habitantes, de México con 28, de Argentina con 18, y de Colombia, con 12: una hermosa comunidad de 9 millones de habitantes (10 millones en 1957) asentada en una área de 500 000 kilómetros cuadrados. Y lo que una comunidad así, situada en el centro del mundo, representaría en recursos, posibilidades, oportunidades y energías, no requiere argumentación alguna.

Tal es la presentación racional en pro de la integración económica centroamericana, de mediados del siglo XX. Muy otra de la presentación heroica y emotiva en pro de la unión política, del siglo XIX. Aunque naturalmente tenemos que mantener vivo el recuerdo de nuestra común historia colonial, del fugaz episodio de la República Federal, de los prohombres centroamericanos que sintieron la unión y lucharon denodada y noblemente por ella y, desde luego, el de la integración defensiva y pasajera, pero integración al fin y al cabo, de corazones, intelectos y brazos, para echar del Istmo al invasor filibustero. Todos estos y otros igualmente respetables antecedentes deben seguir sirviendo para indicarnos hacia dónde ir, aunque lamentablemente no

nos sirvan de índice sobre por donde encaminarnos a la meta. Al planteamiento romántico de los discursos de los próceres y de las reuniones diplomáticas, y dolorosamente quijotesco de los campos de batalla, del siglo xix, se sobrepone ahora el planteamiento cultural y económico, quizás un poco demasiado racionalista, pero sin posible alternativa operante, propio del siglo xx. Dentro de este moderno planteamiento, por cierto, la Centroamérica histórica se amplía para incorporar, por muchísimas razones, a la hermana del sur: la República de Panamá.

Y es precisamente porque el programa es muy cerebral por lo que, en buena parte al menos, se justifica, a mi juicio, la intensa participación de la Universidad, de todas las Universidades centroamericanas, en él. Se requiere estudio, reflexión, labor de convicción y demostración, continuidad y perseverancia, para llevarlo adelante sin debilitamientos ni caídas; y todo esto es cosa de la educación.

Y lo es especialmente en Costa Rica, donde la integración centroamericana resulta ser un propósito puramente lógico, y donde —digámoslo con franqueza porque la realidad no mejorará porque se la oculte— hay una falta total de emoción y de sentido heroico para el logro de la unidad de Centroamérica. Esto es, para mí, al tiempo una debilidad y una garantía: una debilidad, porque todo a cuanto le falta quijotismo es débil; una garantía, porque la ausencia de impulsos emotivos evita las festinaciones y es un correctivo para los entusiasmos puramente románticos. Y la Universidad, alejada de los debates políticos, al margen de la efervescencia de los intereses económicos, y con una conciencia clara del problema y de la necesidad de resolverlos, mucho es lo que puede hacer por compensar la debilidad emocional con la fortaleza de las razones, y por aducir éstas constructivamente.

Los costarricenses, respetando las tradiciones centroamericanas, vivimos sin embargo enamorados de nuestro pequeño y luminoso paisaje, pero debemos terminar por comprender la urgente necesidad de las integraciones en el mundo moderno. Yo no creo que sea admisible integración alguna, por técnicamente conveniente que pueda aparecer, si ella viniera a sacrificar o a debilitar lo costarricense en lo que, para nosotros al menos, tiene de eternamente valioso.

Pero por otro lado yo juzgo compatible con la preservación de lo tico, de lo irrenunciable para los costarricenses en materia de convivencia social y política, toda suerte de arreglos para ampliar nuestros mercados, especializar regionalmente nuestra industria, liberalizar nuestro intercambio comercial, y contribuir a la defensa común de los precios de nuestros artículos de exportación. Sentimentalmente —usemos un término geográfico, pero de honda significación sociológica, para cobijar a toda Costa Rica— sentimentalmente, los costarricenses no cambiamos la Meseta Central por nada, pero racionalmente debemos estar con la integración de países y paisajes para hacer posible un desarrollo cultural y económico más intenso de todos; y yo estoy convencido de que puede llegarse a la integración centroamericana en el campo económico, salvaguardando del paisaje lo que él tiene de esencial para los ticos.

En efecto, nada de lo que debe renunciarse para alcanzar la integración económica, tiene por qué afectar lo que como pueblo pequeño pero con historial, tradiciones y vocaciones propias, hemos sido, somos y deseamos seguir siendo. Más aún, con esa reserva hecha, creo que deberíamos estar dispuestos también a participar en otros bloques, integraciones o comunidades internacionales que, desde otros puntos de vista y de manera permanente o temporal, pueden demostrarse tan necesarios y útiles como el acercamiento istmeño. Podemos y debemos ser, según el caso y los objetivos, centroamericanos, latinoamericanos, americanos o hemisféricos, hispánicos, latinos, occidentales, o bien mundiales; y en otras oportunidades, alinear con los países subdesarrollados, o con los regímenes políticamente libres del mundo, sin dejar de ser en ninguna plenamente costarricenses. En lo que nunca podríamos estar de acuerdo, debe repetirse, es en arreglos o convenciones que tiendan a desfigurar o a opacar el ser costarricense, modesto como el que más, pero al fin y al cabo propio, forjado por nosotros mismos sobre un espacio reducido pero amado de tierra, y en un tiempo corto pero bien aprovechado de historia. Ni tampoco, que sería otra forma de decir lo mismo, en integraciones o arreglos que se pretendiese, en nombre de cualquier principio, por valioso que fuere, imponernos desde fuera, sin

haber sido antes convencidos de su necesidad y sin que hubiésemos prestado de previo nuestro libérrimo consentimiento.

Y, una vez más, siendo educativa esta tarea de informar y convencer, la conclusión es que sólo por la cultura podremos llegar a entrar libre y beneficiosamente en bloques y en integraciones. Por la centroamericana, que es una de las primeras que hay que asegurar por la forma en que condiciona nuestras posibilidades inmediatas de enriquecernos espiritual y materialmente, la educación costarricense —juntamente con la educación de las demás Repúblicas hermanas de Centroamérica— puede y tiene mucho que hacer.

Me impresionó mucho, hace algunos años, la lectura de un ensayo de André Siegfred sobre la edad contemporánea, que él considera “la edad de la velocidad originada por la tecnología y de la velocidad anulada por la política ... del impresionante desarrollo técnico y la aguda esclerosis administrativa”.

En 1870, Philleas Fogg, en la inolvidable novela de Verne que en su época fue considerada una de las tantas fantasías del autor, la de la vuelta al mundo en ochenta días. A principios del presente año, 1957, el Comandante James H. Morris, del Comando Estratégico de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, al mando de una flotilla de bombarderos B-52, le da la vuelta, sin etapas, en cuarenta y cinco horas. Las distancias se están terminando al influjo de la ciencia aplicada. Pero el maravilloso aumento de la rapidez se ha venido anulando o compensando, en verdad, por el efecto retardario de las reglamentaciones aduaneras, los controles de cambios, las leyes de migración, las regulaciones de salud, y los impuestos, cuando no de las Cortinas de Hierro o de otras que, sin ser metálicas, entorpecen el libre tránsito no sólo de capitales y mercancías de un país a otro, sino también de personas y de ideas.

En su Historia de los Pueblos de Habla Inglesa, Winston Churchill al examinar los cambios que encontraría un nativo de Chester de la época del dominio romano en Britania, si volviese a nacer hoy, expresa que “se encontraría limitado en todos los aspectos para viajar al extranjero, excepto en lo que hace a la velocidad”, y agrega que si ese vuelto a nacer decidiera ir a Roma, Constantinopla o Jerusalem, por tierra, tendría que sufrir el escrutinio de una docena de fronteras inexistentes en los tiempos del Imperio Romano. Y refiriéndose a un período sustancialmente menor, Stefan Zweig recuerda en su melancólica autobiografía como en sus mocedades podía viajar de un lugar a otro de Europa sin necesidad de pasaporte.

En pequeño, y en un intervalo distinto, algo similar se ha dado en Centroamérica. Al brillar la aurora de 1821 nuestros pueblos estaban separados por distancias trágicas: la noticia de la Independencia, por ejemplo, llegó a Costa Rica un mes después de haberse firmado el acta de Guatemala. Y la historia de esos primeros tiempos está llena de embarazosos sucesos de ese mismo jaez: en 1823 las milicias de San José y Cartago se encontraron en el Alto de Ochomogo para decidir por la fuerza el problema República-Imperio, y corrió la primera sangre de hermanos sin que los contendientes pudiesen saber que el Imperio de Iturbide había desaparecido en México veintidós días antes. Y en 1826 Costa Rica se quejaba de las dificultades con que tropezaban nuestros Diputados para asistir a la Asamblea Federal Centroamericana, con sede en Guatemala, creándose así a favor de los guatemaltecos lo que nuestros cariacontecidos próceres llamaban “una preponderancia inconstitucional y peligrosa” ...

Pero entonces formábamos una sola nación. En tanto que hoy, conectados por magníficas carreteras, y con líneas aéreas que nos ponen en cuestión de 3 ó 4 horas en uno o el otro extremo del Istmo, no sólo vivimos en compartimentos políticos separados disfrutando de nuestros paisajes —lo que bien puede explicarse por las vicisitudes de la historia— sino que —y esto no puede explicarse ni justificarse en manera alguna— mantenemos aislados nuestros recursos, entorpecemos el libre tránsito de personas y mercancías, duplicamos y protegemos actividades raquíticas sin perspectivas de desarrollo, complicamos el comercio recíproco con políticas arancelarias dispares y suicidas, y hacemos una serie de cosas más del mismo estilo.

Es que si bien la técnica ha suprimido la distancia física, el nacionalismo exacerbado ha impedido el aprovechamiento de tal circunstancia, separando espiritualmente y, por ende, política y administrativamente a los pueblos: corresponde entonces ahora a la cultura suprimir el alejamiento espiritual, y a la economía,

creada ya una atmósfera de comprensión recíproca, aprovechar para beneficio de todos el acercamiento físico. Tal el programa que el mundo entero tiene por delante.

Y tal, en pequeño, el que Centroamérica tiene que cumplir.

La integración es al fin, la integración en todo cuanto sea útil para el mejoramiento común, con debida salvaguardia para los sentimientos nacionales y las instituciones tradicionales de cada quien. La cultura y la economía son el medio. Vuelve a resultar claro, con otros argumentos, el papel que en el proceso corresponde a la educación en general y a la universitaria en particular.

Sin embargo, hasta ahora el programa de integración económica centroamericana ha venido marchando con muy buenos planes, pero al margen de las Universidades. No digo que sólo por culpa de las entidades que empujan el programa; por culpa también y fundamentalmente de las propias Universidades, que no se han interesado por incorporarse activamente en él. Y esto ha sido inconveniente para las Universidades y para el programa. Para ellas, porque han perdido la oportunidad de participar en una serie de importantísimos estudios sobre la realidad centroamericana y de entrenar su propia gente para que continúen haciéndolos; para él, porque las Universidades, centros de estudio desinteresado, concentraciones de juventudes inquietas y generosas, viveros de grupos dirigentes, podrían ser los mejores instrumentos de apoyo, divulgación y entusiasmo.

Además, el programa mismo prevé una serie de instituciones educativas y de investigación que convendría por todos los conceptos quedasen, si no integradas, al menos adecuadamente coordinadas con el sistema de enseñanza superior del Istmo. Ya hay dos de esas entidades en funciones: la Escuela Superior de Administración Pública de América Central, que funciona en San José desde 1954, tiene a su cargo el entrenamiento de funcionarios públicos en diferentes campos y niveles, y ha tenido mucho éxito en la realización de sus funciones propias y en el acercamiento humano de los cinco países; y el Instituto Centro Americano de Investigación y Tecnología Industrial, que funciona en Guatemala desde 1956, y tiene a su cuidado el estudio de los recursos naturales del Istmo y de su pleno aprovechamiento mediante el desarrollo de técnicas adaptadas a las posibilidades del medio.

Con la primera de ellas la Universidad de Costa Rica ha entrado en un arreglo sumamente interesante para el intercambio de profesores y conferenciantes, ha participado en ciertas fases del estudio sobre las condiciones sociales del Area Metropolitana de San José y, además, comparte con ella la idea de que su edificio definitivo debe construirse en la Ciudad Universitaria, dentro del conjunto arquitectónico de las Escuelas de Ciencias Sociales.

Otra relación importante que hemos establecido, no ya específicamente con la Escuela Superior de Administración Pública, sino con la entidad promotora del programa general, la Comisión Económica para la América Latina, lo ha sido a través de nuestro Proyecto de Investigación del Desarrollo Económico de Costa Rica, el cual se mantiene en permanente contacto con su Sub-Sede en México, disfruta de su asistencia técnica, y trabaja de acuerdo con la filosofía de la integración económica. Pero esta relación, como la anterior, no surgió del propio seno del Comité de Cooperación Económica de América Central, que es el organismo oficial que tiene en sus manos el programa, cosa que, a mi juicio se requeriría para hacerla orgánica y permanente, proyectable a las otras Universidades del Istmo. Debo decir que ignoro si éstas tienen establecidos también, como la nuestra, contactos específicos con algunos de los órganos del programa.

Más la verdad es que nuestras mismas Universidades cuentan con un organismo, el Consejo Superior Universitario Centroamericano, que muy bien podría ser el instrumento a través del cual se realizara la participación que propugno. Este Consejo, creado en 1948 en San Salvador, se ha reunido después sólo en tres ocasiones, y su acción ha sido, aunque muy bien intencionada, esporádica y casi podría afirmarse que nula. La mayor parte de las resoluciones aprobadas se ha quedado sin ratificación, y las más de las ratificadas, sin ejecutarse. ¿No sería su acercamiento al programa de integración y su participación activa en él, el medio más eficaz y lógico de revitalizarlo, con evidente beneficio para las cinco Universidades que lo integran? ¿No

sería ese el mejor medio de quitarle resabios románticos y darle funcionalidad práctica al centroamericanismo universitario? Yo creo firmemente que sí.

Se ha planteado algunas veces en el seno del Consejo Superior la antigua y bella idea de la Universidad Centroamericana. Y los delegados costarricenses nos hemos visto obligados a decir, con el mayor respeto para los puntos de vista de nuestros colegas, que se trata de una idea irrealizable, por mucho que nosotros sintamos también su poderoso simbolismo dentro de la concepción unionista. Ese ideal Universidad Centroamericana —nos hemos preguntado— ¿funcionaría simultáneamente con las cinco Universidades nacionales existentes, o significaría la desaparición de estas últimas? Si lo primero, se trataría de una inversión en elemento humano, instalaciones y equipos, prácticamente imposible de realizar y casi imposible de justificar en momentos en que las cinco Universidades existentes luchan denodadamente por financiar mejoras indispensables, y los cinco Gobiernos tratan, en mayor o menor grado, de cooperar con ellas. Si lo segundo, la verdad es que ninguna de las cinco hermanas estaría dispuesta a renunciar a su propia Universidad, por muy de paisaje que sea, la que representa la culminación de sus respectivos sistemas educativos. Luego, la idea, sugestiva como la que más, es irrealizable.

Pero no nos hemos quedado los delegados costarricenses en posición puramente negativa. Hemos agregado de inmediato que hay algo en el campo de la integración universitaria centroamericana que no sólo sería perfectamente factible, sino que resultaría sumamente útil para los cinco países y sus cinco instituciones de cultura superior. Y hemos lanzado la idea de que, con el concurso de todas y de todos, cada una de las Universidades istmeñas, después de un estudio ponderado y cuidadoso, se especialice en una o varias ramas científicas, pero en un nivel post-graduado hasta ahora inexistente en el Istmo. Y hemos traído a colación, por vía de ejemplo, las dos entidades de enseñanza e investigación organizadas por el programa de integración económica a que me he referido antes, las cuales representan una concentración de esfuerzos, voluntades y recursos en determinados sitios del Istmo, con toda la economía implicada al evitar las costosas duplicaciones o quintuplicaciones, y con el perfeccionamiento que significa la especialización en una sola actividad.

Se trata, en cierta forma, de la aplicación de uno de los puntos de vista que ha presidido el plan de integración económica: la especialización regional de nuevas industrias, al campo de la educación y la tecnología. Partamos del sitio donde estamos, no miremos inútilmente hacia atrás, y pensemos en distribuir racionalmente, viendo al futuro, las especializaciones científicas que tanta falta nos hacen y que cada Universidad por sí sola posiblemente no podría organizar de manera óptima, como no podría por sí sola cada país montar industrias de una magnitud verdaderamente económica. Así estaríamos integrando nuestros regímenes educativos y tecnológicos, mediante una sabia distribución y especialización regional de funciones, en un nivel en que cada Universidad por aparte no podría llegar muy lejos, dejando a la vez intactos en cada país los otros estadios de la educación de los que no convendría ni quisiéramos que ninguno prescindiera. Y la especialización podría hacerse, como se ha pensado en el campo industrial, tomando en cuenta la mayor experiencia y los mejores recursos que cada país pueda tener en las diferentes ramas. Y tomando en cuenta también, a su hora, las especializaciones industriales que se lleguen a convenir y a establecer, y que pueden indicar la conveniencia de que cada uno de los países escogidos ponga el énfasis de su enseñanza y de su labor de investigación en ésta o la otra materia.

En la reunión del Comité de Cooperación Económica celebrada en Managua en 1956, se recomendó la creación de una Escuela Superior Centroamericana de Ingeniería y Administración Industrial, para atender la capacitación de personal técnico especializado que pudiera hacerse cargo de los proyectos industriales de integración. He ahí una oportunidad que no debe pasarse por alto. Yo creo que en la próxima reunión del Comité deberían hacerse representar nuestras Universidades, o bien el Consejo Superior Universitario, en nombre de todas ellas, y reclamar una participación decisiva en el estudio de ese proyecto, que bien podría llegar a convertirse en el primer ejemplo de una provechosa integración centroamericana en el campo universitario y al nivel de post-graduación. Eso significaría, además, el inicio de la necesaria revitalización del Consejo Superior, y el acercamiento refrescante de las cinco Universidades a problemas y planteamientos

prácticos, de vivo interés para todas ellas, para los cinco países y para Centroamérica como un todo, con lo cual estarían logrando —la de Costa Rica, al menos— esa inmersión en la problemática social a la que fueron dedicadas mis primeras palabras de esta noche.

Jóvenes graduandos de 1957: esta noche clara y apacible de diciembre es toda vuestra, y yo no he querido quitársela con estas reflexiones, sino tan sólo llamar vuestra atención, cogida hoy toda ella por la alegría y el optimismo del momento, sobre cuán rico y estimulante pero obligante y serio es vuestro futuro y el de vuestra Alma Mater, si todos deseamos, como estoy seguro lo deseamos, hacernos dignos del honor y la oportunidad altísimos que significan las carreras y todas las demás actividades enlazadas con los estudios superiores.

Os lleváis vuestro diploma bajo el brazo, y con él una sonrisa en los labios y una cálida agitación en el alma. Y tenéis plena razón. Y el voto ferviente que yo hago, en nombre de todos los que han sido vuestros maestros y profesores, vuestros guías y directores en esta casa que hoy emocionada pero satisfecha os despide, es que nunca la amargura ni el egoísmo apaguen esa sonrisa ni enfríen esa agitación; que siempre se mantengan ellas a lo largo de vuestras vidas, en prenda y como resultado de una dedicación, sin excepciones ni debilidades, al servicio de vuestros semejantes y al de vuestra Patria, que es como decir al de la plenitud y la serenidad de vuestras propias almas.

NOTAS

- * Facio, R. (1957). Discurso del Rector en el acto de clausura del año académico de 1957. En *Anales de la Universidad de Costa Rica*. San José, 169-182.